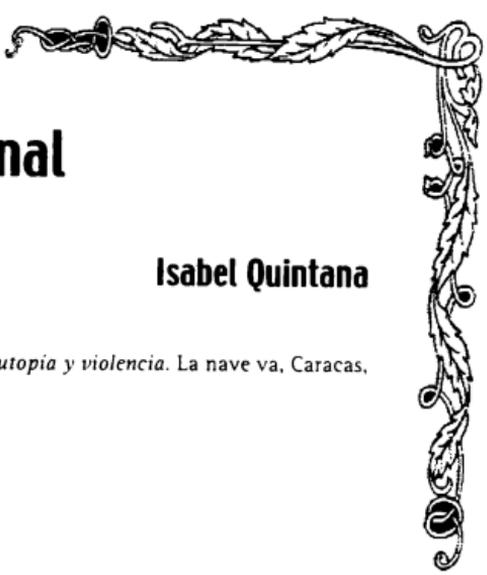


Huellas de una identidad nacional

Isabel Quintana

Rotker, Susana, *Bravo pueblo. Poder, utopía y violencia*. La nave va, Caracas, 2005.

A decorative border on the right side of the page, consisting of a stylized vine with leaves and small flowers, extending from the top right towards the middle of the page.

Bravo pueblo reúne diversos ensayos críticos de Susana Rotker (1954-2000) que luego de su muerte fueron compilados por Tomás Eloy Martínez. Aunque la mayoría de ellos constituyen en sí mismos una unidad (algunos fueron concebidos originalmente como conferencias), a lo largo de estos trabajos puede leerse una misma preocupación intelectual en torno a los autores y temas analizados: la formación de una identidad venezolana en contextos traumáticos o de profunda violencia política, social e institucional. El libro se compone de tres capítulos que responden a momentos específicos de la historia venezolana. En el primero, titulado "La fundación literaria", la *Historia de la conquista y población de Venezuela (circa 1705-1723)* del criollo José Oviedo y Baños constituye el centro de su reflexión. Allí Rotker observa, en primer lugar, las tensiones política e institucionales en las que se inscribe dicha crónica, escrita cien años después de los hechos narrados. Oviedo indaga en lo ya escrito, se inspira fundamentalmente en las *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (1627) de fray Pedro Simón, con el propósito de hacer emerger en su propia escritura una diferencia en el orden de la representación simbólica: es decir, si bien sostiene su fidelidad a la autoridad de la corona, al mismo tiempo busca afirmarse como una subjetividad distinta y autónoma a la española creando, así, una incipiente "conciencia nacional". Dicha tensión se expresa discursivamente por medio de procedimientos retóricos a veces sutiles, confusos y también contradictorios que le dan una densidad particular a la *Historia*. La configuración de esta versión de la conquista se desarrolla a partir de la conjunción compleja entre lo real y lo imaginado en donde, de acuerdo con la perspectiva historiográfica de la época, si bien se procura eliminar de la narración aquellos elementos que

resulten inverosímiles al relato, se realizan, al mismo tiempo, constantes transgresiones a la norma –práctica común en las crónicas escritas durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Rotker observa cómo tal uso de la lengua por parte de Oviedo es el resultado de la tensión que surge entre su formación clásica y su propia realidad en las colonias.

El objetivo final de Oviedo es el de escribir una historia creíble y “oficial” en la que se narre la fundación de los linajes nacionales –en los que él se incluirá de alguna manera–, herederos de las mejores prosapias españolas, a los cuales el imperio debe delegar su poder. Rotker plantea que este afán de reivindicación de lo criollo, propio de la época, convierte a la *Historia* en un texto fundador de la tradición literaria venezolana.

Otra dimensión de “La fundación literaria” es la que describe los procedimientos utilizados por Oviedo para la configuración de un imaginario espacial y temporal sobre lo que más tarde será Venezuela. Al mismo tiempo que se fundan los linajes criollos se fundan también las ciudades, Caracas entre ellas. Sin embargo, frente a una geografía difícil de asir y la inestabilidad y caprichos de los líderes y de sus habitantes, las ciudades se fundan una y otra vez, a veces en sitios diferentes, cuestión que constituye una cierta extravagancia. La tierra es algo que se explota o saquea y el hombre se niega a existir y formar parte de un lugar determinado. Esta incapacidad de los criollos para establecerse en un territorio fijo es un rasgo que, según Rotker, constituirá el temperamento de los venezolanos hasta el presente¹. A su vez, la imagen de Venezuela desde el siglo XVIII será la de una entidad abierta e inacabada. De modo que esta inestabilidad constitutiva de la identidad nacional que enfatiza Rotker, pone en tensión la voluntad fundadora de Oviedo. Si bien el cronista intenta imponer un orden a los datos caóticos de la realidad, existe algo en el orden de la geografía (y de sus habitantes) que conspirará contra tal empresa.

El segundo capítulo, “Emancipación y utopía”, se abre con un trabajo titulado “Pensamiento innovador: del Iluminismo a las Independencias”, en el que se redefine el concepto de transculturación. Las prácticas transculturadas, dice Rotker, se componen de adaptaciones y negociaciones simbólicas, dado que el tránsito y tráfico de las ideas entre Europa y América, y entre España y el resto de Europa, se desarrolla de manera compleja y nunca unidireccionalmente. Desde esta perspectiva, Rotker lee las dramatizaciones, posiciones y escrituras de Simón Bolívar, Simón Rodríguez y fray Servando Teresa de Mier, quienes se caracterizan por una vida consagrada a la configuración de sus propios ideales independentistas en el marco del pensamiento de la Ilustración proveniente de Europa. En este punto, Rotker reconfigura el mapa

¹. En *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz (México, FCE, 1994), se postulaba la idea de un trauma inicial en la conformación del ser mexicano. Por su lado, Rotker plantea que una cierta incapacidad, carencia o impotencia original determinará la idiosincracia venezolana.

de lecturas de los criollos, señalando el complejo marco cultural en el que se desarrollan sus ideas: las disputas geopolíticas dentro de Europa -la invasión napoleónica a España, por ejemplo-, las críticas de Diderot, Voltaire y otros a los abusos cometidos por la colonización española, el descontento de diversos sectores sociales en América, la prohibición y circulación de determinados textos, los viajes de ideas entre las repúblicas. Es por ello, sostiene Rotker, que la mecánica de la transculturación durante el periodo de la lucha por la independencia debe ser considerada no en función de una relación de subordinación entre el centro imperial y sus periferias, sino en relación con la circulación, los préstamos y las fusiones de ideas en beneficio de la élite local dentro de las nuevas naciones. Al mismo tiempo, las operaciones discursivas que realizan los criollos se encuentran atravesadas por la tensión que surge entre los ideales liberales que sostienen y sus propios prejuicios (raciales, sociales, etc.).

Luego de la independencia, América latina debe reconocerse en un proceso cuya racionalidad no es clara. De allí surgen dos tendencias, una representada por Simón Rodríguez y su discípulo Bolívar, en la que América es considerada un espacio vacío (el grado cero de la cultura europea), un proyecto a ser desarrollado en el futuro, donde se reniega del pasado por considerarlo pernicioso. La otra, es la liderada por Andrés Bello, quien redime el aspecto épico del pasado precolombino al mismo tiempo que rescata la leyenda negra de la conquista española. En ambos casos, se trata de un proceso de ideologización sobre el pasado en el que las culturas indígenas conforman una matriz compleja y muchas veces problemática para la configuración de la historia americana. En este sentido, el ensayo del siglo XIX latinoamericano, sostiene Rotker, funda las naciones latinoamericanas con una fuerza que remite hacia el futuro, en tanto sinónimos de libertad y progreso (2005, 93).

En el lado opuesto de esta tradición ensayística americana, se encuentra el mexicano fray Servando quien, desde su conservadurismo religioso, intenta fundar otra genealogía americana rescatando el pasado heroico de los aztecas e invirtiendo la lógica del discurso de la conquista. Su sermón sobre la Virgen de Guadalupe (en donde argumenta que los indios ya fueron evangelizados antes de la llegada de los españoles con lo cual la conquista carecería de todo sentido) será el germen del pensamiento independentista revolucionario mexicano. Rotker señala, otra vez, la importancia de entender el complejo marco cultural e histórico al que en este caso pertenece Servando (y también Francisco Miranda y Simón Rodríguez). Una época en transición (fines del siglo XVIII) en la cual el fray encarna la figura de un "letrado disidente" que vive en "un Antiguo régimen en agonía"².

² Halperin Donghi, Tulio, *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires. Sudamericana, 1987, pp. 55-6 (citado por Rotker, 2005, p. 135).

El último capítulo, "La ciudad violenta", nos coloca frente a una aguda reflexión en torno a las posibilidades de la escritura frente a la violencia extrema de la sociedad venezolana contemporánea. Es decir, cómo narrar el horror de las ciudades. Si por un lado las crónicas han sido un género de gran cultivo en América latina y, en especial en Venezuela, que en los años 80 ha servido para dar cuenta de cierto malestar en la sociedad, en los 90 tal malestar se transforma en la experiencia de un trauma. A partir del *Caracazo* se produce una crisis en el orden de la representación ya que el miedo se convierte en la base de la cultura³. La crónica parece no poder configurar una trama significativa en medio de un estado de guerra civil que ha atomizado la sociedad. La violencia, que no sólo proviene del ámbito de la delincuencia común sino del propio Estado, ha convertido a la ciudad en un ámbito de máxima desprotección donde la sospecha, que atraviesa todas las capas sociales (cualquiera puede ser víctima), rige la vida cotidiana. Se apela entonces al testimonio oral para contar una y otra vez lo que se ha vivido como una experiencia extrema. Son textos "urgentes" carentes de elaboración simbólica en donde la representatividad política o el espacio de comprensión y empatía hacia las minorías han desaparecido. Estos textos conforman una poética de la interpelación que refuerza el miedo. La pregunta que surge, entonces, plantea Rotker, no es la de cómo narrar, sino la de cómo vencer el miedo. Resquebrajada la sociedad civil –sin pactos o lazos solidarios– la escritura de la crónica no encuentra la forma cómo articular narrativamente dicha experiencia.

En el recorrido de estos trabajos hemos visto el interés de Rotker por redescubrir las huellas de una cierta sintomatología de la identidad venezolana. Si las crónicas de Oviedo configuraban la imagen inacabada de Venezuela en la que el saqueo de la tierra llevaba a la falta de afincamiento de los criollos, las crónicas urbanas contemporáneas expresarán, a su vez, su impotencia –la imposibilidad de intervenir en el orden de la representación simbólica– frente al estado terminal de la sociedad en donde emergen violentamente ciertas prácticas delictivas. Entre estos dos momentos históricos de la entidad venezolana –fundación y destrucción– se despliega el tiempo de la lucha por la independencia, en donde América es el espacio posible para la realización de los proyectos liberales republicanos. Sin embargo, al no extender dichos ideales (igualdad y derechos ciudadanos) a toda la población, sugiere Rotker, el futuro de Venezuela se encontró, así, dramáticamente afectado.

³. El 27 de febrero de 1989 ante una situación de extrema escasez de alimentos los habitantes de los barrios pobres de las sierras bajan a la ciudad para asaltar los supermercados, hecho que generará una situación de inmenso caos y la militarización de la ciudad.